

*La escuela enredada. Formas de participación escolar en la sociedad de la información*, de Ángel San Martín Alonso. Barcelona: Gedisa, 2009. 286 págs.

Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación y profesor de Didáctica y Organización Escolar en la Universidad de Valencia, el autor es investigador y productor de audiovisuales educativos siendo la relación entre la escuela y los medios audiovisuales uno de los principales temas abordados por San Martín en su producción previa.

El texto aborda un tema de indiscutible actualidad: el avance en el acceso a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TIC) en la sociedad en general y en los centros educativos en particular y la compleja relación de éstos con aquéllas. Esta especial relación se nos prefigura en la alusión al “enredo” del título. El libro es un intento de reflexionar acerca de esta relación y de cuáles podrían ser las claves para lograr en algún grado su “desenredo”.

Conviene explicitar, en primer lugar, que cuando el autor alude a “la escuela” se está refiriendo genéricamente tanto a la primaria como a la secundaria, dado que el término en nuestro contexto está en general reservado a la primera. En segundo lugar, y en la misma línea de poner en juego el contexto local, quisiera explicitar que la perspectiva desde la cual reseño y valoro este libro no está centrada solamente en sus contenidos sino justamente en su pertinencia y potencial para el contexto uruguayo al cual pertenece la mayor parte de los lectores de esta revista y a cuyas interrogantes interesa saber en qué grado podría responder este libro.

El autor toma como punto de partida el dilema que resulta de un doble reconocimiento: por una parte, que la educación para el uso significativo de las TIC forma parte de la misión reconocida de y por los centros educativos y, por otra parte, que éstos estarían fracasando ostensiblemente en obtener buenos resultados al respecto. Partiendo de este punto (del cual el status de verdad, al menos de la primera constatación, podría ponerse en cuestión), el autor se pregunta acerca del cómo y por qué de los escasos frutos de la relación entre

escuelas y tecnologías (computadoras e Internet pero también cine, fotografía, TV y otras) y sugiere que buena parte del problema radica en la producción de discursos difícilmente reconciliables entre el mundo de las tecnologías y el de los centros escolares. Anclado en la modernidad el último, un emergente de la modernidad tardía el primero, el encuentro de estos dos mundos en el seno de la escuela genera más puntos de fricción que sinergias valiosas para el aprendizaje.

Un mérito importante de la obra es, a mi entender, el intento de posicionamiento del autor al margen de dicotomías maniqueas de rechazo categórico de la presencia de las tecnologías en la educación versus su incorporación acrítica: el libro postula que, para que la escuela pueda responder a su compromiso social, político y cultural, debe asumir desde el currículo las dimensiones epistemológicamente más valiosas del discurso de los nuevos medios.

El desarrollo del libro parte del frecuentemente criticado énfasis que diversos estudios han puesto en la cuantificación de los recursos tecnológicos disponibles en las escuelas, en detrimento del estudio de qué hacen efectivamente docentes y alumnos con ellos. Si bien este es un aspecto relevante, y resulta innegable a nivel mundial la escasez relativa de estudios que “abran la caja negra” de las prácticas en los centros escolares (y no sólo en lo tocante al uso de las tecnologías), el autor dedica bastantes más páginas que las necesarias a dejar en claro el punto incluyendo una cartografía —por él mismo catalogada de “imposible”— de la dotación de recursos en las comunidades autónomas españolas, que el lector puede eludir con tranquilidad.

Para ir más allá de esta cuantificación de recursos, entonces, el autor propone una categoría de análisis que permita adentrarse en las prácticas y discursos de los agentes escolares y pensar la relación de las escuelas con las TIC: "formas de participación escolar en la Sociedad de la Información", categoría que resulta interesante, aunque un tanto laxa en su pretensión de ser abarcativa: “A estas actuaciones, en la mayoría de las ocasiones bastante alejadas de lo estrictamente curricular, las denominamos

'formas de participación', formas en las que tiene cabida la pluralidad de acciones realizadas por los agentes con el material tecnológico a su alcance, dentro o fuera del aula y de manera continuada u ocasional. Estas actuaciones, no siempre inspiradas por el proyecto educativo de centro, a veces tienen que ver con propósitos didácticos, mientras que otras muchas son actividades extracurriculares" (63). A lo largo de los capítulos del libro calibrará el lector el rendimiento heurístico de esta categoría para captar y explicar la pluralidad de prácticas que desarrollan los actores escolares en torno a las tecnologías, así como las estructuras significantes puestas por ellos en juego. Esta primera parte del libro (titulada "Producción de ciudadanía y activismo social con los medios") aborda además tópicos como la formación del profesorado, la creación de materiales didácticos multimedia, las implicancias de la incorporación de las TIC para la gestión de los centros escolares, el lugar "juego" en el aprendizaje y los riesgos de la lógica de concursos, festivales y exhibiciones (este último siendo otro de los puntos que resulta, previsiblemente, de relativo interés para el contexto local). Quisiera destacar también el concepto de "brecha digital endógena" al que se dedica un apartado.

Este concepto alude, por oposición a la brecha entre quienes tienen y no tienen acceso a las tecnologías, a la brecha o distancia que media entre el sujeto y los artefactos que maneja. El autor se pregunta, por ejemplo, si puede la mente del usuario apropiarse de los cambios tecnológicos al mismo ritmo en que éstos se producen y cuáles son las implicancias de que "la mayoría de los usuarios se quede en la superficie porque no puede acceder a la estructura opaca de las máquinas". Si bien es argumentable que sea relevante conocer la estructura interna de las máquinas para hacer un uso significativo de ellas a nivel de usuario (este desconocimiento recorre toda nuestra relación con todos los "sistemas expertos" en los cuales vivimos inmersos) sí considero interesante la propuesta de analizar la brecha entre los sujetos, sus conocimientos y los artefactos tecnológicos como aproximación a su capacidad para interactuar con ellos en forma significativa o adaptarlos al logro de objetivos propios.

El desarrollo de la sección tiene una clara veta crítica, en especial respecto a las lógicas mercantiles de introducción de las tecnologías en la educación o la incorporación de nuevos actores corporativos en el universo educativo siendo la titulación de los diferentes apartados francamente irónica. Aún así, como adelantábamos, uno de los méritos de la perspectiva del autor reside en que, al mismo tiempo que advierte acerca de los riesgos mencionados o pone en duda nociones apriorísticas acerca de los beneficios de las TIC para la mejora del aprendizaje curricular y otras bondades atribuidas, también rescata las dimensiones valiosas de la innovación tecnológica y educativa, la importancia de innovar a través de la alfabetización en medios, la pertinencia de reducir las brechas de sentido y de experiencias entre jóvenes y adultos o el valor de utilizar el potencial lúdico y la interactividad de los medios a favor del aprendizaje.

La segunda parte de la obra aborda la “Refundación organizativa de los centros escolares”. Partiendo de que la presencia de las tecnologías en los centros educativos puede producir cambios profundos en su estructura y organización interna, el autor se propone reflexionar en torno al tema haciéndolo primero desde una perspectiva que se podría denominar “macro” para adoptar luego un enfoque más “micro”. Es así que los primeros capítulos de esta segunda sección están enfocados a las políticas educativas implementadas por las administraciones de las comunidades autónomas españolas y cómo ellas inciden en el uso dado a las TIC. Más allá de la escasa transferibilidad de buena parte de lo analizado en estos capítulos, es posible rescatar aspectos pertinentes para la reflexión general tales como el impacto de la cantidad y calidad de la formación dirigida al cuerpo docente para el uso de las TIC, la veta claramente política de las apuestas por el software libre o el privativo y los tiempos y modalidades de incorporación de las TIC en la educación así como su vinculación —o ausencia de ella— con los contenidos curriculares.

Puede resultar de mayor interés a nivel local la perspectiva “micro” de los últimos capítulos, donde el autor se adentra en las prácticas y discursos contruidos a nivel de los centros educativos en torno al uso de las TIC, el modo

en que su adopción afecta la organización escolar y su papel como instrumento de enseñanza y aprendizaje. La reorganización de los espacios físicos en las escuelas, los cambios en las condiciones de trabajo y los diferentes posicionamientos discursivos de los actores clave son objeto de reflexión en esta parte del libro, que brinda un panorama de cuán “enredada” se encuentra realmente la escuela en el proceso.

El libro finaliza dejando en claro, en forma más o menos explícita, que la crisis de sentido que atraviesan los sistemas educativos está lejos de deberse principalmente a la introducción de las TIC. En lugar de esto, junto con las contradicciones que éstas exacerban, se encuentra la oportunidad de encontrar un puente con los jóvenes y de redefinir el contrato entre escuela y la sociedad incluyendo la “ciudadanía digital”, preguntas que quedan planteadas hacia el final: “¿Es posible articular coherentemente la dispersión de actividades fomentadas por los distintos medios y tecnologías de la información con las más cohesionadas de los ámbitos escolares? ¿Con qué arquitectura conceptual y metodológica se dota a los estudiantes para que aprovechen en su formación las múltiples oportunidades que les brinda la SI [Sociedad de la Información]?” (265).

*Ana Laura Martínez*

Universidad de la República

Universidad Católica del Uruguay